



La horda

Author(s): Enrique Prochazka

Source: *Renacimiento*, No. 51/54 (2006), pp. 50-61

Published by: [Libreria y Editorial Renacimiento S. A.](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/40516115>

Accessed: 12-03-2016 18:44 UTC

---

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



*Libreria y Editorial Renacimiento S. A.* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Renacimiento*.

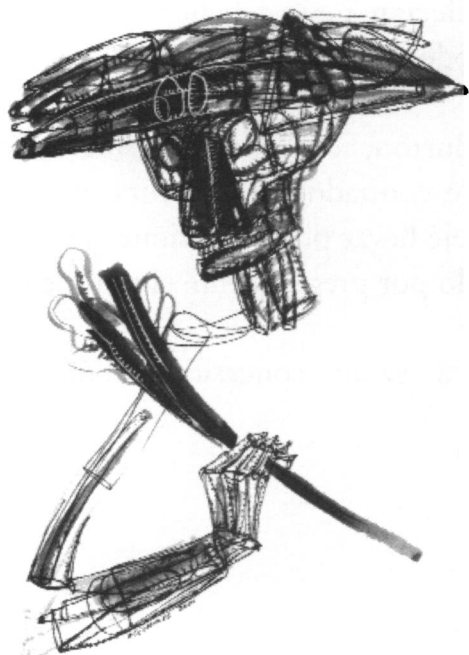
<http://www.jstor.org>

# LA HORDA

ENRIQUE PROCHAZKA

*feeble and ghastly invalids,  
upon which death had placed a sure hand*

E. A. POE, *The Man of the Crowd*



—**C**RÉEME: si pones la calefacción será peor.

Alonso sonrió, considerando la paradoja que proponía Ramiro. Era verdad. Con la calefacción terminarían acostumbrándose al abrigo eléctrico y falso de la cabina de la camioneta, y al apearse en medio de la puna el frío de la madrugada los paralizaría de inmediato.

Se conocían desde hacía algún tiempo. Ramiro era historiador; tras su tesis había escrito un par de libros y publicado el segundo; Alonso, con una maestría en economía, después de participar en demasiados trabajos colectivos estaba aguardando el financiamiento del suyo, un estudio poco esperanzador de las tasas de éxito de proyectos de inversión presentados por comunidades andinas. El PNUD y la GTZ se disputaban con poca elegancia las vías de escape.

Habían subido para reconocerse en el paisaje, para disfrutar y curtir su amistad en un escenario diferente. Por trabajo o deporte, cada uno era largamente un veterano en estas aventuras. Lo novedoso era que, juntos esta vez, intentarían atravesar una región que parecía inmune a todos los intentos limeños para abarcarla. La cordillera del Tunshu—según la célebre fórmula de Mallory— «estaba allí», lo cual era suficiente motivo para intentar cortarla por la mitad, a pie. La larga distancia, los problemas de acceso y salida, tres collados sucesivos de más de cinco mil metros, el rumor de que un puma asolaba la región, el célebre frío (más áspero que en la Cordillera Blanca) y un par de despoblados valles glaciares allá arriba habían disuadido o malogrado los pocos intentos previos.

Ramiro y Alonso llevaban comida para cuatro días y los demás avíos usuales para una pareja de expedicionarios fogueados... pero medio *paperback* de *Les frères Karamazov* en

---

la mochila de Ramiro —había leído la primera mitad en una decena de salas de espera— y una exposición de las teorías de elección racional de Amartya Sen en la de su compañero daban cuenta de algunas diferencias con los paseantes más usuales de ese inhóspito y desconocido retazo de Lima, comarca que se creía toda metrópolis hasta que, a sólo ochenta kilómetros del Cercado en línea recta, uno descubría que el agua se volvía sólida al caer la tarde, que faltaba la mitad de la atmósfera, que la fauna local era carnívora, y que se estaba en problemas.

—En los sesentas —comentó Ramiro haciéndose oír por encima del sufrido motor de la *pickup*— los italianos decidieron hacer una autopista rápida que atravesara los Apeninos lo más recto posible. Costó carísimo: es una sucesión de larguísima puentes y túneles que enderezan todas las curvas de nivel. Si tuviéramos una acá, llegaríamos a T'anta en cinco minutos.

—Pero no la tenemos —opuso Alonso, aburrido del manejo, del millón de curvas, del traqueteo incesante que demolía los riñones.

Ramiro sacó un brazo y la cabeza por la ventana del copiloto, y a través de la ventisca contempló largo rato la indócil trocha de barro.

—Es correcto: ¡no la tenemos! —confirmó al cabo, divertido, volviendo a meter a la cabina un rostro pletórico de escarcha. —Ahora maneja y no jodas.

Pese a las afrentas, disfrutaban las formas elaboradas de la conversación. Cada uno de ellos estaba convencido de la dignidad y de los recursos del lenguaje, y animaba la creencia de que las palabras, aderezadas de realidad, tenían sentido. Sobre todo, los reunía la convicción de que el significado tiene cuando menos una aspiración legítima, la de la duración. Y ni la basteza ni el doblez del cristal posmoderno podrían haberlos llevado a confundir esa dignidad con tozudez. Otras trampas de moda los irritaban más, aunque a veces no supieran reconocerlas del todo.

—Pero ¿cómo pudieron haber conservado su ciencia, si perdieron el lenguaje? La muerte del burrero Amaru significó el fin del “alto” quechua, el quechua que podía enunciar una lógica compleja: el quechua que podía administrar Moray. ¿Conoces Moray?

—¿Esos embudotes excavados en el suelo, hechos de andenes concéntricos? Estuve allí hace unos años. Se supone que en ellos había tierra de cada rincón del imperio...

—Eso. Dicen que los incas hacían experimentos controlados con semillas, agua y temperatura como variables.

—A mí, francamente, eso de climas controlados en el siglo quince me pareció una patraña.

—Puede ser. Quizá Moray sea sólo un colosal *brassiere* para las Grandes Tetas del

---

---

Cielo. Pero, tan sólo como hipótesis, concedamos que hubo ciencia andina, puesto que allí están sus resultados. ¿Qué implica Moray? O mira el Intihuatana, esa verga cubista. Sólo para seguir con los sexismos.

—No sé qué decirte... ¿Quién es el heredero de la ciencia andina? Desde luego que el nuestros arqueólogos oficiales no entienden Moray, ni tampoco nosotros, dicho sea de paso. Lo cual nos dice algo acerca de la capacidad de reclutamiento del sector público. ¿Qué funcionario de estado te diseña ahora un calendario y reloj de sol hecho de dos toneladas de granito?

—No obscurezcas el argumento con misterios innecesarios. Estás preguntando, me parece, por los agentes de esa operación simbólica que fue la ciencia andina... Claro que toda ciencia lo es, en realidad.

—¡Por favor! La ciencia no es simbólica, huevas.

—Qué extraño: solía serlo para mis profesores. ¿O hablaban de lógica? De cualquier modo creo que la pregunta por la agencia es legítima, aunque no es diferente de la que te hice yo al principio acerca de la densidad de su lenguaje. No hay ciencia sin semántica; mucho menos, sin gramática...

La conversación, torcida a ratos por los baches de la carretera, confluía con una luz matinal que empezaba a mostrarles la agreste provincia en la que pronto iniciarían su expedición. Atravesado por la naciente del río Cañete, el pueblo de T'anta en era apenas un racimo de casas apretadas a un lado del valle para protegerse del frío del amanecer. Aquí y allá, grupos y rebaños de alpacas hacían lo mismo. Dejaron la camioneta en la plaza —una húmeda, desierta canchita de fútbol, de donde alguien recogería el vehículo en unos días— cargaron las compactas mochilas, y se adentraron a pie en la pampa inclinada empeñados en remontar el río hacia su origen cordillerano y más allá, hacia el Atlántico.

Habían venido ligeros con el ánimo de avanzar rápido, pero no se esperaban tan mal tiempo. Llovía y no era sólo lluvia; ráfagas de aguanieve y granizo sacudían sus impermeables.

—¿Dices que miraste en Internet? —jadeó Ramiro bajo el peso de la mochila, tratando de encontrar su viejo ritmo de caminata.

—Sí, ya te dije. Hay posibilidades de que deje de llover mañana. Y deja de bostezar, que me contagias.

—No estaba bostezando.

La conversación decayó pronto, exigidos los pulmones por esfuerzos más corpóreos que la verborrea y por la necesidad de concentrarse, de aguzar las pericias, de afinar la

---

maquinaria de la supervivencia ante ese adversario frío y sutil que empezaba a cercarlos. La mañana transcurrió insensiblemente, hora tras hora, apenas un gran cuenco de vaho; pronto extraviaron el sendero debido al manto blanco que iba borrando formas y colores. Intentaban mantenerse paralelos al río, pero remontar el curso se hacía cada vez más difícil. El cauce se había hinchado de agua, piedras y lodo. Pese a su cualidad mineral exhibía un aspecto corrupto, enfermizo. Hacia el mediodía el tiempo enfrió y la lluvia dejó paso a una nevada silenciosa y persistente. Sin dejar de caminar, limitaron su almuerzo a frutas secas, un par de barras de granola y medio termo de café.

El torrente recibía cascadas de ambos lados pero sobre todo de la margen en la que se encontraban ellos, de tal modo que se veían obligados a atravesarlos. De allí que pasaran la mayor parte del tiempo gateando a través de arroyuelos que bajaban por laderas rocosas cuyas oquedades y sombras exhibían aún los carámbanos formados durante la noche. Entre quebrada y quebrada tropezaban con segmentos del camino, que seguían con entusiasmo pero perdían diez o veinte pasos más allá bajo otro banco de nieve. Al caer la tarde, del suelo creció una niebla y los caminantes aceleraron el paso tratando de salirse de su silencioso encierro. Debían cruzar al otro lado del río, donde el mapa mostraba laderas menos abruptas, que la bruma y las curvas impedían confirmar.

En lo que debía ser la fuente misma del Cañete, calvas de gigantes ahogados emergían en hilera del agua oscura, un fortuito puente de piedras cubiertas de hielo cuyo extremo distante desaparecía en la neblina a doce o quince metros de distancia. Terminaron de comprobar que este lado de la quebrada no ofrecía buenos lugares para hacer campamento, y decidieron aprovechar la poca suerte que les había deparado ese día en la forma de ese medio puente.

Con la ayuda de unos bastones empezar el cruce no fue difícil, aunque estuvieron a punto de resbalar un par de veces. En el tramo final el cauce se ahondó; las piedras casi no sobresalían. Cruel, allí el agua se hacía más transparente y dejaba ver el fondo de una sima helada. Alonso vaciló, equilibrado apenas sobre el hielo de la última piedra. Ramiro tiritaba dos pasos atrás. La deliberación fue



---

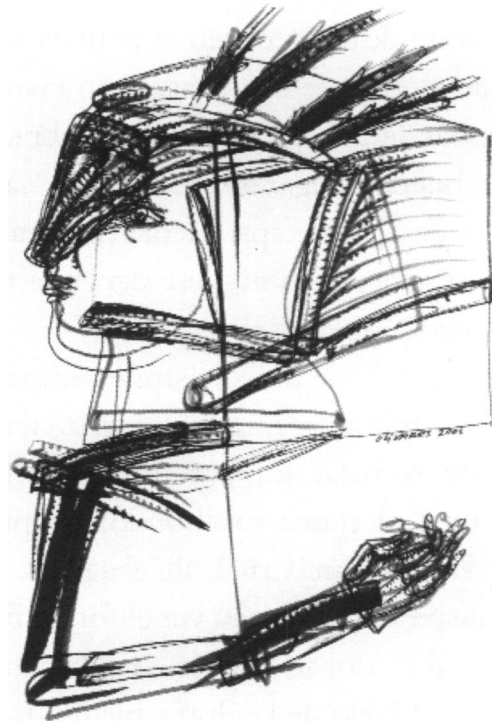
breve y sumaria: no había tiempo para ensayar otro vado, ya que en media hora se quedarían sin luz y de cualquier manera ya estaban empapados. Cargando las mochilas sobre la cabeza, se internaron en la lenta y gélida corriente con el agua a la altura del ombligo.

Del otro lado, remontando un altozano, los recibió un panorama antártico. Hectáreas de llanura blanca los rodeaban en todas direcciones salvo desde donde venían, y más allá brechas en la bruma permitían vistazos a la imperturbable cordillera que se habían propuesto atravesar. Matas de ichu cubiertas de nieve daban a la pampa un aspecto aborregado, sin ninguna huella de animales o de sus pastores humanos. En esa margen no había nadie.

Anocheció rápidamente. Las nubes se alejaron de la tierra, desabrigándola, y en el frío exacerbado de esa noche transparente confirmaron que les faltaba apenas unos metros para llegar a la laguna: que el río en ese tramo era ancho y despacioso porque allí era, todavía, tan sólo una poza haragana que daba el primer lento paso hacia el mar. Pronto dieron con un lugar que aceptaría la mínima tienda que habían traído, y tras unos minutos de trabajo febril estuvieron otra vez abrigados y secos.

Fuera de su pequeño reducto de nylon y duraluminio el silencio era total. Dentro, se oía la nieve tamborilear quedamente sobre las telas, produciendo un ruido blanco y tenue que, como la textura de un lienzo vacío, permitía retomar la conversación que el peso del silencio en el exterior hubiera proscrito del todo. No obstante, después de cocinar y cenar, mientras el cansancio del día empezaba a adormilarlos, pudieron escuchar un sonido curioso que provenía del incierto orbe exterior de la tienda. Ramiro explicaba a media voz sus teorías sobre la fiesta cuzqueña del Qoyllur Rity cuando se hicieron cargo del ruido.

—La dimensión social más importante del Qoyllur Rity, ya te digo, es la bulla... Cohetones, griterío, bombazos, cánticos, danza, y siempre la muchedumbre en el fondo, vociferando...



---

Debe ser porque todo empezó con la caída de un meteori... ¿oyes eso?

—Sí, desde hace un rato —susurró Alonso. —Parece que alguien friera veinte kilos de tocino en su antena parabólica.

—Pero, ¿de dónde viene? A mí me recuerda al barullo de una gran bolsa de celofán, en un cine. ¿No habrá cerca un cable de alta tensión, o quizá una mina?

—¿O tal vez, ya que estamos en ello, un cine? —ridiculizó Alonso. —Sabes que por aquí no hay nada: ni una sola choza entre T'anta y Cahuaaqui.

—...Confieso que nunca me acostumbraré a ese nombre andino—motociclístico.

—Además, a mí me parece que no es un sonido mineral ni eléctrico... Diría que es de origen orgánico, animal...

—Ajá: ahora entiendo tu mención al tocino. ¿No creerás que es el puma?

—Son voces —soltó de pronto Alonso. Ramiro no había querido decirlo cuando lo notó, escondiéndose en la broma: pero ahora no dudó en admitirlo, husmeando fuera de la carpa:

—Tienes razón. Suena como una muchedumbre. Como si el Qoyllur Rity se estuviera festejando aquí en el valle vecino...

Salieron a curiosear fuera de la tienda, en busca de alguna luminosidad en el negro horizonte, de cualquier dato que les ofreciera indicios acerca de aquel rumor: pero el intenso frío pronto los hizo volver al refugio. Al cabo de quince largos minutos, el ruido disminuyó y terminó por desaparecer. Su ausencia no alivió la ansiedad de los amigos, que enfrentaron así una noche desapacible y un sueño inquieto y cargado de dudas.

El segundo día amaneció muy oscuro, como si algo amedrentara al sol y pausara su tarea luminosa.

—Esta película está muy rara —bromeó Ramiro mientras sacudía su bolsa de dormir, de pie en el centro de la llanura nevada: pero su queja era sincera. —Anoche, estaba el gigante arrugando su bolsa de papitas fritas; ahora, apenas si se ve la función.

—¡Es como si nos hubieran cambiado al rubio por un foco de veinticinco vatios! —protestó también Alonso, mirando al sol naciente con gesto de disgusto. El frío astro pareció devolverle la mirada, rematada por un encogimiento solar de hombros.

La tarea del segundo día era subir hasta la cabecera de la laguna, luego remontar el flanco hasta un collado entre dos picos, y bajar hacia Yanayacu, la quebrada del otro lado, donde buscarían un lugar para acampar. A medida que la mañana se despojaba de bruma, desayunaron, empacaron los bultos y retomaron la marcha, bordeando el largo perfil del embalse hacia la cuenca de bofedales y traicioneras ciénagas que constituía el tramo más alto del vallecito. Este lugar les ofrecía una buena vista del flanco, todavía

---

---

nevado, que deberían subir en las próximas horas; pero distraerse mirando hacia arriba en aquel terreno no era una buena idea, ya que en cualquier momento surgía entre el ichu y la turba que atravesaban una fosa de agua oscura que debían esquivar, a veces con largos recodos. La tarde anterior les había quitado todo deseo de mojarse.

El sol finalmente retomó sus funciones y empezó a hacer más calor. Al iniciar el ascenso hacia el collado, en un sector amplio y, si bien todavía pantanoso, más seco que la cabecera de la laguna, una y otra vez se vieron atravesando grandes áreas de ichu pisoteado. De pronto, perfectamente solos entre las montañas sigilosas, cayeron en la cuenta de que los rodeaban miles, cientos de miles de huellas, de huellas humanas. La vista era increíble al principio; al rato, sobrecogedora. Quisieron bromear, poner la realidad al alcance del discurso, a merced de sus pullas usuales. Ramiro habló, sin lograr atenuar la angustia que ambos sentían.

—Esto es como lo que te contaba anoche, del Qoyllur Rity. Cien mil personas apiñadas en una quebrada tan alta y estrecha como ésta. Una noche nevó —raro, porque la fiesta es a finales de junio— y al día siguiente veías este mismo pisoteo enorme en la nieve fresca... Hubo dos muertos, unos fumoncitos de Lima que se quedaron dormidos fuera del albergue.

—Idiotas. Nunca debieron alejarse de Marcahuasi —retrucó Alonso nerviosamente.

—Bueno, no discutas los beneficios de la selección natural.

—De acuerdo. Pero aquí no subirán ni media docena de pastores al año, mientras que esto parece haber sido la salida del Estadio Nacional después de un clásico.

La furtiva muchedumbre —secreta y enigmática como era— al menos tenía la virtud de dar alguna explicación al ruido. Así, intranquilos pero algo reconciliados con la realidad, prosiguieron el ascenso. La trepada al collado les fue tomando la mayor parte del día. El inexplicable tumulto de huellas los acompañó todo el camino, hasta que coronaron el primero de los tres riscos que semanas atrás, encorvados sobre fotos y mapas en Lima, habían previsto retar. En el abra los esperaba una vista magnífica de la cordillera: un fogonazo de blancos, celestes y azules, una anchísima detonación mineral de roca, agua y aire que establecía, paradójicamente, un silencioso reino de luz. El desolado paisaje constituía un doble regalo: a su belleza añadía la ventaja de evitar la insufrible visión del suelo, de la ruidosa multitud que el terreno pisoteado les hacía inferir a cada momento.

Del otro lado del collado, el descenso era considerablemente más abrupto que la trepada: pero se lo habían anunciado sus mapas y las experiencias de otros, de modo que venían preparados para afrontarlo. Esa era una de las razones por las que nadie había tenido éxito con esta ruta. No había un camino fácil para descender hacia Yanayacu, y



a ratos tuvieron que recurrir a descolgarse con cuerdas para salvar un morro o librar una pared rocosa. Algunas de las oquedades con las que tropezaban en estos descensos parecían verdaderas cuevas. Subir sin equipo especial sería muy difícil (imposible, de noche o con mal tiempo) de modo que ahora estaban comprometidos a seguir adelante. Esa era, simplemente, parte de la ecuación: y no les disgustaba sentirse a la altura del reto.

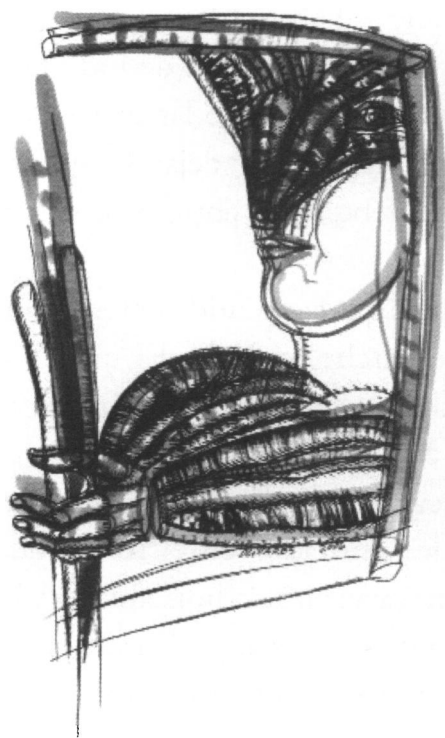
Yanayacu era un valle reciente, mucho más alto y árido que aquel de donde venían. Poco más abajo, empujada directamente por un glaciar, se veía la redonda laguna de aguas oscuras que daba su nombre al reducto de piedra. Sumamente cansados

tras cuatro horas de descenso, al caer la tarde descubrieron un pequeño páramo con aguajales, un poco más abajo de la laguna. Era un lugar triste, fétido y poco nivelado que no se veía desde lo alto, un rincón que en otras circunstancias habrían despreciado como lugar de campamento, pero que aquí tenía la inmensa virtud de carecer de todo rastro del paso de una muchedumbre. Discutieron un rato, permitiendo que las extrañas circunstancias pasadas se interpusieran entre los hechos y su razón, y dejando entonces que los nervios traicionaran el cuidadoso equilibrio que debe darse entre dos personas que ponen mutuamente sus vidas en manos del otro.

Distante y ominoso al principio, el ruido los cercó mientras la oscuridad crecía y ellos se esforzaban en plantar la carpa en ese desagradable parche húmedo. El miedo y el enojo los hicieron intercambiar acusaciones y frases duras acerca de cómo habría que enfrentar el misterio («Esa será tu verdad, pues: no es la mía» –sentenció Ramiro al cerrar el diálogo) y sin hablar más se apresuraron en terminar de erigir su hogar portátil. Al instante se hundieron en él, como dos animales asustados en el fondo de su madriguera. Ramiro apretaba en la mano derecha una navaja suiza, la hoja abierta y lista para el combate. El rumor creció y se aproximó tanto que creyeron, por primera vez, distinguir voces individuales: pero no, éstas se confundían y entremezclaban con el homogéneo fondo de gritos, a una distancia de pronto parecía ser de sólo unas dece-

---

nas de metros... Alonso, indignado, ofendido por su propio temor, sacó medio cuerpo de la tienda, y armado de la linterna más potente giró en torno sólo para comprobar que, hasta donde alcanzaba su faro, la quebrada estaba tan desolada como siempre. El ruido se acercó, a punto de alcanzarlos; pero él ya no escuchaba. El pavor y la confusión lo hicieron recular a la carpa mientras Ramiro trataba de arrebatarse la linterna de sus manos, de ver, él también, lo que de antemano sabía que no podría ver. La linterna cayó entre los pliegues de la bolsa de dormir y quedó encendida, apuntando de lado, cuando la horda llegó hasta la carpa y la rodeó. La mirada de Alonso estaba detenida en una de las costuras interiores de la tela: el mismo arco elegante que veía ayer cuando todo estaba bien: una función matemática, pensó, una sección cónica... Como si quisiera exportar la sensación de orden del día anterior a éste, del ordenado y sensible mundo anterior a éste. Pero era inútil. Aquello estaba allá afuera, vociferando su confusión, sacudiendo las paredes de la tienda: nítidas manos y pies grandes y chicos que —aunque sus propios ojos acababan de comprobar que *no estaban allí*— ahora deformaban su entrañable función matemática, demolían en un instante la débil simetría de los arcos de duraluminio, y en un orgasmo de imposibilidad, en una avalancha de sinsentido les pasaban por encima, pisoteándolos, machacándolos, pesando su masa y su voz ininteligibles muy por sobre las de ellos. Porque sí: Alonso y Ramiro gritaron para defenderse. Gritaron pre-



guntas, pero de la turba nunca recibieron respuesta: nunca pudieron comprender una frase, distinguir una sola palabra. Harto de pavor y de pánico, Ramiro intentó salir de la carpa abriéndose paso a cuchilladas. Mil veces le pisaron la mano, le rompieron las muñecas, le aplastaron codos, hombros y nuca, y hubieran convertido su cara en una nada sin nombre de no ser porque, en el último momento antes de perder el sentido, pudo hundirla en el maloliente bofedal.

Amaneció, con lentitud desesperante. Alonso tenía rota la quijada, fracturados dedos de ambas manos, lacerado el vientre, y a cada respiración sentía un incendio en las costillas. Los gemidos de Alonso tenían más de miedo que de dolor: era el miedo al dolor cuyo origen no se conoce, el miedo al dolor que promete aumentar. Ese dolor

---

---

compartido –mucho más allá de lo fisiológico– les había borrado la diferencia entre las pesadillas de la noche y la larga vigilia insoportable en espera de la mañana siguiente. Ramiro evitaba los ojos de su compañero. Sabía que no tenía explicaciones qué ofrecerle, sólo furia: una furia difícil de contener incluso en la ilimitada vastedad de su incompreensión. Ante sus mentes no se presentaban razones, ni mucho menos una relación causal que respetar, contra la cual intervenir.

Los honra reconocer que hicieron un noble intento por situarse a la sobrehumana altura del reto: ni la demolición física ni la desolación intelectual que les habían sido impuestas impidieron que trataran de sobreponerse, de avanzar algo, de ejercer la responsabilidad sobre la propia vida que era el sello característico y la condición de éxito en estas empresas. Ninguno tenía mayores daños en las piernas, así que tras emplear todo lo que quedó del botiquín de primeros auxilios se sintieron capaces de caminar. Alonso no podía usar la mandíbula, de modo que su compañero le preparó líquidos con la mano sana y los restos de su magra despensa. Empacar les tomó horas, pero aligeraron las mochilas de tal modo que lograron avanzar no poco hacia su meta en el collado siguiente. Trataban de no mirar las huellas que, de tramo en tramo, invadían el camino que se habían trazado, y no cruzaron palabra acerca de ellas. Pero a media tarde empezó a llover: y la ladera barrosa, de por sí difícil, se hizo infranqueable para dos inválidos.

—Bajemos por este valle, Alonso. Más abajo hay un paso que lleva directamente a Cahuasaqui. De cualquier manera no podemos subir.

—De Cahuasaqui vienen las huellas, huevón. ¿De dónde crees que sale toda esa gente? —murmuró el otro débilmente, sosteniéndose la quijada con las manos.

(*¿Qué gente?* —quería preguntar Ramiro a toda la tierra—.) Acá también hay huellas, amigo. Vamos hacia abajo, y mañana pasaremos hacia Cahuasaqui y habremos terminado con esta pesadilla.

—No: mañana estaremos muertos. Si nos acercamos a Cahuasaqui nos matará la horda. —Alonso hizo un gesto de dolor, y escupió una alarmante cantidad de sangre oscura—. Yo voy a subir hacia esas cuevas que vimos ayer en la ladera. Nos acomodaremos en una grieta y en la pendiente no podrán pisarnos.

(*¿Quiénes?* —quería preguntar Ramiro a todo el cielo— *¿Quiénes son los que no podrán pisarnos?* Pero el dolor y el miedo confundían su teología: y consideró que así como en la tierra, en el cielo también habría huellas de la horda, de la horda eterna que les vetaba no sólo el derecho al diálogo, el derecho humano de preguntar y de obtener respuestas, sino además el derecho, todavía más básico, de existir. Y así fuese sólo por defender el derecho a la pregunta, Ramiro era de los que nunca abandonarían a su compañero.

---

Hay evidencias de que intentaron, pues, volver atrás. Desandaron su camino de ese día, hasta el parche fétido en que habían sido atacados; bordearon la laguna Yanayacu y muy lentamente empezaron el doloroso ascenso hacia la más baja de las cuevas. Pero con la lluvia incluso esta les resultó inaccesible. Cuando la ladera mojada finalmente decidió deshacerse de ellos, logró hacerlos perder el equilibrio y tras algunos tumbos y gritos de dolor terminaron deslizándose otra vez hacia la negra laguna redonda. De alguna manera lograron extraer de sus mochilas las bolsas de dormir y lo que quedaba de la carpa: en el ataque habían perdido los tubos de la estructura y sólo los protegería a manera de una gran bolsa. Desde luego, nada lograron cocinar, ni comer. Mientras se arrebujaban en sus bolsas de dormir, enfundados en la casi inútil tienda de campaña, Alonso terminó de sentirse culpable.

—Tenías razón, Ramiro. No debimos intentar subir. Ni siquiera debimos intentar venir. Tenías razón...

—Pero no siempre hay que hacer caso a la razón —lo corrigió el otro, tratando de animarlo.

Afuera de la funda amarilla, en el límite de lo perceptible, alguien aplastaba suavemente una bolsa de celofán.

—¿Ha vuelto a nevar?— murmuró Alonso largo rato después, sin ningún resto de ganas de saberlo realmente. Para averiguarlo bastaba sacar la mano fuera de la carpa, pero a Ramiro le urgía mostrar que estaba vivo, ordenarse ser libre, imponerse la existencia de alternativas. Hizo el esfuerzo final —perfectamente innecesario— de moverse un metro fuera de la colapsada tienda: un esfuerzo de todo su cuerpo y que incluía partes y cosas que no eran de un cuerpo roto al que faltaban partes y cosas... hasta que se vio derrumbado, pero triunfante, fuera por fin de la arruinada cortina de nylon amarillo que albergaba el disminuido universo de lo doloroso, pero todavía comprensible: sus rotas pertenencias, sus personas afrentadas y quebradas. En la aciaga puna que lo rodeaba caía la nieve, vertical, en perfecto silencio, con tanta calma como nunca la había visto caer. Recostado de lado, apoyado sobre su codo sangrante, Ramiro intentó enfocar los ojos amoratados en el palmo de terreno que tenía frente al pecho. Miraba fijamente el reducido espacio que, frente a sus ojos, la nieve iba cubriendo poco a poco. De pronto contempló cómo, al caer, la nieve fresca *iba dibujando una huella*, y al lado otra que la intersecaba, y allá al lado tres más, cien más, miles de huellas se formaban en torno de sí, huellas de un cielo infrahumano hecho de voces anónimas que ahora sí, otra vez, podía escuchar: y de sinrazones que ya nunca habría de entender. Ante sus ojos esa horda estaba pisando, humillando y sometiendo a la tierra lóbrega sobre la cual él y su amigo,

---

según comprendió finalmente, habían dado ya pasos certeros hacia la muerte. El pavor y la decepción lo hicieron volver a la carpa, lentamente, en silencio, cubierto él también de nieve y de huellas atroces. Nada le comentó a Alonso, que por lo demás parecía dormido. Ramiro no podía saber que hacía rato que Alonso se había desmayado de dolor: que él debía transitar a solas su pánico inmóvil y terminal.

El ruido creció. Gritos, voces, llamados; preguntas –nunca respuestas. Pasos, saltos... también hubo patadas. Muchas patadas, y puñetes, y pisotones. Unas piernas tropezaron con una piedra. Luego, muchas piernas tropezaron con esa piedra. Con otras piedras. Las demás se pateaban. Peleaban unas con otras. Hasta cuándo. Los puños también. Hasta cuándo. Algo pesado y denso cayó sobre lo que quedaba de esas telas amarillas. Bajo la tela rasgada una voz se quejaba, pero después ya no se quejaba, ya no se movía. Estorbaban el paso. Nos caíamos, nos pisábamos. Puñetes y patadas. ¡Hasta cuándo la injusticia! Nos dijeron. Mintiendo. Al final, colaboramos. Usamos la tela amarilla como bolsa. Y jalando, jalando arrastramos los cadáveres al fondo de la laguna.

